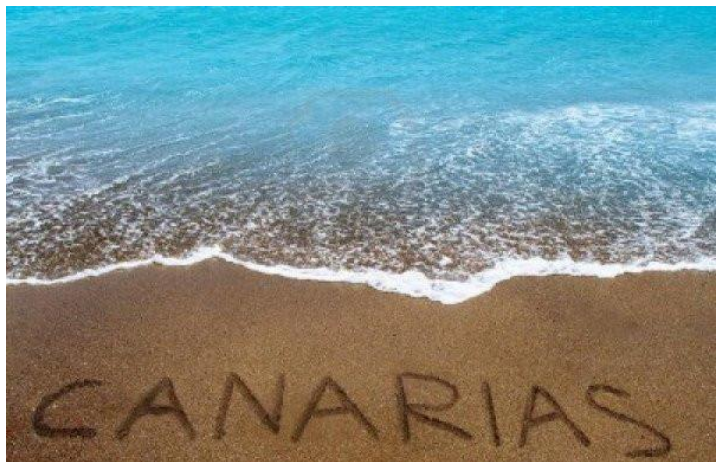


«LA INMIGRACIÓN CON SABOR A EVANGELIO»

Introducción

Las dos Diócesis de las Islas Canarias afrontamos un reto decisivo al que hemos de dar una respuesta evangélica. Hemos sido testigos de la llegada a nuestra tierra canaria de hombres y mujeres provenientes de otros países que estamos viendo andar por nuestras calles como personas sin hogar y acudir a los servicios de acogida de nuestras Cáritas parroquiales. Muchas personas de manera espontánea se han puesto a disposición y colaboran con su acogida y su ayuda desinteresada.

Más allá de las acciones socio caritativas que podamos realizar, los cristianos debemos comenzar por purificar la mirada y actuar con criterios evangélicos. No podemos dejarnos arrastrar por el miedo, el recelo, el prejuicio, sino que debemos dejarnos guiar por el espíritu del Evangelio del Señor. En este caso, como en tantos otros, no podemos dejarnos conquistar por los criterios del mundo (Mt 16, 21-27).



Aunque no hablen nuestro idioma, aunque no tengan nuestra fe cristiana, aunque su cultura sea diferente, son hermanos nuestros. La fraternidad que nace del Evangelio de Jesús no tiene fronteras raciales, culturales, sociales o económicas. Solo tenemos un Padre divino que es padre de todos los seres humanos, soñados por Él a su imagen y semejanza. Educar y evangelizar la mirada es muy importante en este momento. Como recordaba el Papa en *Evangelii Gaudium* 190, tenemos que recordar que el planeta es de toda la humanidad y para toda la humanidad.

Por este motivo, desde Caritas Regional de las islas Canarias queremos poner en tus manos la lectura de estos sencillos textos de la Carta Encíclica del Papa Francisco «*Fratelli tutti*», para que nos ayuden a mirar al inmigrante con sabor a Evangelio.

La inspiración de Francisco de Asís

El Papa Francisco nos cuenta que san Francisco de Asís escribía siempre en el encabezado de sus cartas «*Fratelli tutti*», para dirigirse a todos los hermanos y las hermanas, y proponerles una forma de vida con sabor a Evangelio. El Papa nos dice que «*De esos consejos quiero destacar uno donde invita a un amor que va más allá de las barreras de la geografía y del espacio. Allí declara feliz a quien ame al otro «tanto a su hermano cuando está lejos de él como cuando está junto a él».*



Con estas breves y sencillas palabras expresó lo esencial de una fraternidad abierta, que permite reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite.

Nosotros no podemos mirar de otra manera. Todas las personas son «mis hermanos y hermanas». Todas las personas.

El descarte mundial

No hay vidas de segunda o vidas que no sean dignas de ser vividas cuando hablamos de personas humanas. Nosotros no podemos entrar en la dinámica cultural del descarte característica de la cultura dominante de nuestro primer mundo. El Papa nos dice que «*Partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector hu-*

mano digno de vivir sin límites. En el fondo «no se considera ya a las personas como un valor primario que hay que respetar y amparar, especialmente si son pobres o discapacitadas, si “todavía no son útiles” —como los no nacidos—, o si “ya no sirven” —como los ancianos—. Nos hemos hecho insensibles a cualquier forma de despilfarro, comenzando por el de los alimentos, que es uno de los más vergonzosos». (FT 18)

¿Podemos los cristianos estar tentados de este tipo de descarte? ¿Consideramos que hay personas que no tienen derecho a los bienes que nosotros disfrutamos? ¿Acaso tenemos estas insensibilidades que señala el Papa? ¿Qué pasa con nuestros despilfarros? ¿Nos avergüenzan?

Porque debemos ser siempre sinceros con nosotros mismos. En el trasfondo de muchas de las actitudes que tienen que ver con los inmigrantes está esta dinámica invisible y dominante del descarte del otro porque no es lo útil que debería ser, o porque nos atemoriza que nos reste bienestar. Y el criterio que nace del Evangelio no es sólo el del bienestar, sino el del bien común.

El individualismo es el pecado más grande del primer mundo: «La falta de hijos, que provoca un envejecimiento de las poblaciones, junto con el abandono de los ancianos a una dolorosa soledad, es un modo sutil de expresar que todo termina con nosotros, que sólo cuentan nuestros intereses individuales. Así, «objeto de descarte no es sólo el alimento o los bienes superfluos, sino con frecuencia los mismos seres humanos».

Vimos lo que sucedió con las personas mayores en algunos lugares del mundo a causa del coronavirus. No tenían que morir así. Pero en realidad algo semejante ya había ocurrido a causa de olas de calor y en otras circunstancias: cruelmente descartados. No advertimos que aislar a los ancianos y abandonarlos a cargo de otros sin



un adecuado y cercano acompañamiento de la familia, mutila y empobrece a la misma familia. Además, termina privando a los jóvenes de ese necesario contac-

to con sus raíces y con una sabiduría que la juventud por sí sola no puede alcanzar.» (FT, 19)

¿Existen personas solas a las que deberíamos acompañar? ¿Nuestra preocupación se centra exclusivamente en nosotros mismos? ¿Sabemos hacernos cargo, como comunidad de discípulos de Jesús, de las otras personas? ¿Nos duelen o somos insensibles?

Derechos humanos no suficientemente universales

A todos se nos llena la boca de hablar de los derechos humanos. Nadie cuestiona una afirmación que vaya acompañada de la expresión dignidad de la persona y derechos humanos. Pero los derechos humanos son de todas las personas que habitan nuestro mundo. También los mayores, los niños por nacer, las mujeres, las personas sin hogar, y las personas emigrantes son sujetos de los derechos humanos ¿Estamos convencidos de esto?

Aquí está el quicio que permite girar la puerta del descarte para que la comunidad humana sea verdaderamente fraterna, como decía san Francisco de Asís. «Muchas veces se percibe que, de hecho, los derechos humanos no son iguales para todos. El respeto de estos derechos «es condición previa para



el mismo desarrollo social y económico de un país. Cuando se respeta la dignidad del hombre, y sus derechos son reconocidos y tutelados, florece también la creatividad y el ingenio, y la personalidad humana puede desplegar sus múltiples iniciativas en favor del bien común». Pero «observando con atención nuestras sociedades

contemporáneas, encontramos numerosas contradicciones que nos llevan a preguntarnos si verdaderamente la igual dignidad de todos los seres humanos, proclamada solemnemente hace 70 años, es **reconocida, respetada, pro-**

tegida y promovida en todas las circunstancias. En el mundo de hoy persisten numerosas formas de injusticia, nutridas por visiones antropológicas reductivas y por un modelo económico basado en las ganancias, que no duda en explotar, descartar e incluso matar al hombre. Mientras una parte de la humanidad vive en opulencia, otra parte ve su propia dignidad desconocida, despreciada o pisoteada y sus derechos fundamentales ignorados o violados». ¿Qué dice esto acerca de la igualdad de derechos fundada en la misma dignidad humana?» (FT, 22)

Toda persona es digna y hemos de reconocer que es sujeto de derechos y un fin en sí misma, no un medio para alcanzar los fines de otras personas ¿Lo entiendo así? ¿Reconocemos que todos tenemos los mismo derechos y el deber de respetar, proteger y promover esos derechos? ¿En nuestras conversaciones coloquiales hacemos bromas o minusvaloramos estos principios universales?

Si son universales, los derechos humanos son derechos de todos. Esto es muy importante. Y no solo debemos reconocerlo, sino que debemos promoverlo. Crear un ambiente favorable.

Sin dignidad humana en las fronteras

El Papa nos pide que nos tomemos con mucha seriedad este tema. No es cualquier tema, porque detrás de los migrantes, que se cuantifican como si sólo fueran números, hay personas humanas. Y la seriedad con la que debemos asumir este tema nace de nuestra identidad cristiana.



Dice el Papa: «Tanto desde algunos regímenes políticos populistas como desde planteamientos económicos liberales, se sostiene que hay que evitar a toda costa la

llegada de personas migrantes. Al mismo tiempo se argumenta que conviene limitar la ayuda a los países pobres, de modo que toquen fondo y decidan tomar medidas de austeridad. No se advierte que, detrás de estas afirmaciones abstractas difíciles de sostener, hay muchas vidas que se desgarran. Muchos escapan de la guerra, de persecuciones, de catástrofes naturales. Otros, con todo derecho, «buscan oportunidades para ellos y para sus familias. Sueñan con un futuro mejor y desean crear las condiciones para que se haga realidad». (FT, 37)

Hemos de tener mucho cuidado con las cosas que decimos y cómo las decimos, porque detrás de una afirmación no hay cosas, hay personas que sufren, que padecen... Son mis hermanos y sufren.

¿Nos dejamos conquistar por la cultura del descarte? ¿Hemos sido conquistados por la insensibilidad de la insolidaridad? ¿Qué miro cuando veo a una persona inmigrante? ¿En qué me fijo? ¿En el color de su piel, en su forma de vestir?

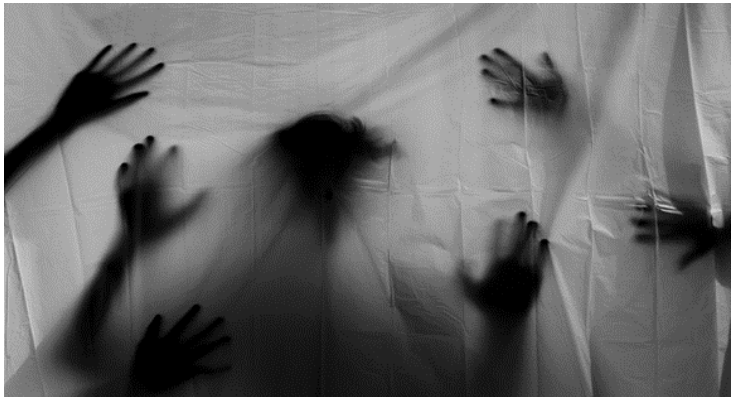
El miedo y el rechazo

Es normal que las situaciones nuevas nos generen reacciones y despierten en nosotros temores e incertidumbres. Pero no podemos rechazar a nadie. Jesús no nos ha enseñado el camino del rechazo, sino la vía de la acogida sincera.

Añade, en este sentido, el Papa: «Para colmo «en algunos países de llegada, los fenómenos migratorios suscitan **alarma** y **miedo**, a menudo fomentados y explotados con fines políticos. Se difunde así una mentalidad xenófoba, de gente cerrada y replegada sobre sí misma». Los migrantes no son considerados suficientemente dignos para participar en la vida social como cualquier otro, y se olvida que tienen la misma dignidad intrínseca de cualquier persona. Por lo tanto, deben ser «protagonistas de su propio rescate». Nunca se dirá que no son humanos pero, en la práctica, con las decisiones y el modo de tratarlos, se expresa que se los considera menos valiosos, menos importantes, menos humanos. Es inaceptable que los cristianos compartan esta mentalidad y estas actitudes, haciendo prevalecer a veces ciertas preferencias políticas por encima de hondas convicciones de la propia fe: la inalienable dignidad de cada persona

humana más allá de su origen, color o religión, y la ley suprema del amor fraterno.» (FT, 39).

¿Tenemos esta tentación? ¿Nos dejamos impregnar por la actitud que el Papa califica de inaceptable? ¿Se produce en nosotros rechazo a las personas emigrantes que nos encontramos? ¿Compartimos esta mentalidad y estas actitudes ideológicas? ¿Qué peso tiene nuestra fe en el juicio que hacemos sobre la inmigración?



Francisco reconoce que es normal sentir dudas y temores, pero hemos de saber superarlas: *«Comprendo que ante las personas migrantes algunos tengan dudas y sientan temores. Lo entiendo como parte del instinto natural de autodefensa. Pero también es verdad que una persona y un pueblo sólo son fécondos si saben integrar creativamente en su interior la apertura a los otros. Invito a ir más allá de esas reacciones primarias, porque «el problema es cuando esas dudas y esos miedos condicionan nuestra forma de pensar y de actuar hasta el punto de convertirnos en seres intolerantes, cerrados y quizás, sin darnos cuenta, incluso racistas. El miedo nos priva así del deseo y de la capacidad de encuentro con el otro».* (FT, 41)

El miedo es un sentimiento que nos paraliza, que no nos deja actuar con la adecuada creatividad. Es, además, un sentimiento que nace de una profunda desconfianza. No podemos olvidar que hemos sido invitados a confiar en la Providencia de Dios. Y la Providencia es una semilla. Dios, como nos recuerda Martín Valverde, da naranjas en forma de semilla.

La escuela de la acogida y el respeto

Los canarios sabemos mucho de emigración, de salir de la tierra conocida y embarcarnos hacia lo desconocido en busca de un futuro para los nuestros. Nos ha pasado como le pasó al pueblo de Israel y que nos describe

la Biblia. Es, sin duda, una motivación para aprender a respirar el sabor del Evangelio en esta situación.

Dice el Papa: «Hay una motivación para ampliar el corazón de manera que no excluya al extranjero, que puede encontrarse ya en los textos más antiguos de la Biblia» (FT, 61). Y continúa: «Se debe al constante recuerdo del pueblo judío de haber vivido como forastero en Egipto:

«No maltratarás ni oprimirás al migrante que reside en tu territorio, porque ustedes fueron migrantes en el país de Egipto» (Ex 22,20).

«No oprimas al migrante: ustedes saben lo que es ser migrante, porque fueron migrantes en el país de Egipto» (Ex 23,9).

«Si un migrante viene a residir entre ustedes, en su tierra, no lo opriman. El migrante residente será para ustedes como el compatriota; lo amarás como a ti mismo, porque ustedes fueron migrantes en el país de Egipto» (Lv 19,33-34).

«Si cosechas tu viña, no vuelvas a por más uvas. Serán para el migrante, el huérfano y la viuda. Recuerda que fuiste esclavo en el país de Egipto» (Dt 24,21-22).



¿Y en el Nuevo Testamento?

«Toda la Ley alcanza su plenitud en un solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Ga 5,14).

«Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está y camina en las tinieblas» (1 Jn 2,10-11).

«Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte» (1 Jn 3,14).

«Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn 4,20).

¿Qué nos está pidiendo el Señor a través de estos textos de la Sagrada Escritura? ¿Los meditamos con frecuencia? ¿Los consideramos fundamentales en nuestro comportamiento personal y comunitario?

El límite de las fronteras

A continuación te ofrecemos el criterio de la doctrina social de la Iglesia al respecto de las migraciones y el límite de las fronteras. Este texto del Papa lo deberíamos saber de memoria tanto por la importancia social y política que tiene, como por la incidencia que debemos aportar a la cultura que nos rodea.

*«Cuando el prójimo es una persona migrante se agregan desafíos complejos. Es verdad que lo ideal sería evitar las migraciones innecesarias y para ello el camino es crear en los países de origen la posibilidad efectiva de vivir y de crecer con dignidad, de manera que se puedan encontrar allí mismo las condiciones para el propio desarrollo integral. Pero mientras no haya serios avances en esta línea, nos corresponde respetar el derecho de todo ser humano de encontrar un lugar donde pueda no solamente satisfacer sus necesidades básicas y las de su familia, sino también realizarse integralmente como persona. Nuestros esfuerzos ante las personas migrantes que llegan pueden resumirse en cuatro verbos: **acoger, proteger, promover e integrar**. Porque «no se trata de dejar caer desde arriba programas de asistencia social sino de recorrer juntos un camino a través de estas cuatro acciones, para construir ciudades y países que, al tiempo que conservan sus respectivas identidades culturales y religiosas, estén abiertos a las diferencias y sepan cómo valorarlas en nombre de la fraternidad humana». (FT, 129)*

¿Entiendo lo que dice el Papa? ¿Descubro la profundidad social y política que encierra? ¿Qué puedo hacer en mi derredor para que las cuatro actitudes que cita se realicen cada vez con mayor eficacia? ¿Cómo juzgo, la posibilidad del recorrido conjunto hacia una ciudad fraterna?

Las ofrendas recíprocas

No se trata sólo de que nosotros damos y ellos reciben. Esa comprensión de la realidad es sesgada e injusta. No vienen a quitarnos nada, sino que también vienen a aportar, a ofrecernos algo que es importante. Esa mirada del “don” es necesaria y complementaria para comprender la realidad en su integralidad.

Dice el Papa que *«La llegada de personas diferentes, que proceden de un contexto vital y cultural distinto, se convierte en un don, porque «las historias de los migrantes también son historias de encuentro entre personas y entre culturas: para las comunidades y las sociedades a las que llegan son una oportunidad de enriquecimiento y de desarrollo humano*



integral de todos». Por esto *«pido especialmente a los jóvenes que no caigan en las redes de quienes quieren enfrentarlos a otros jóvenes que llegan a sus países, haciéndolos ver como seres peligrosos y como si no tuvieran la misma inalienable dignidad de todo ser humano».* (FT, 133)

¿Veo la riqueza que aportan a nuestra sociedad y a nuestra Iglesia las personas inmigrantes? ¿Reconocemos el don que llega con ellos?

Terminemos rezando por la humanidad entera en esta hora tan sensible en la que estamos viviendo:

Un momento de gracia

Dios Padre de nuestros ancestros,
desde hace tiempo sabemos
que tu corazón está con los refugiados y migrantes.
Que naciste entre nosotros
en una familia de refugiados,
quienes huyeron de la violencia de su tierra natal,

y que luego recogieron a su niño hambriento para huir a un país extranjero.

Su clamor, Tu clamor, resuena a través de los tiempos:

¿Me dejas entrar?

Danos corazones sensibles que se abran cuando nuestros hermanos y hermanas recurran a nosotros con ese mismo clamor.

Entonces seguramente todas estas cosas sucederán:

Los odios ya no se volverán sordos a sus voces,

Los ojos verán un momento de gracia en lugar de una amenaza, y las lenguas no serán silenciadas,

sino que defenderán una causa.

Y las manos se extenderán, trabajando por la paz en su tierra natal, trabajando por la justicia en las tierras en las que buscan un refugio seguro.

Señor, protege a todos los refugiados y migrantes

Que puedan encontrar un amigo en mi

Y así hacerme digno del refugio que he encontrado en ti.

Amén

